

# VIVAMOS EL EVANGELIO

PALABRAS  
PARA VIVIR

Chiara Lubich | Palabra de Vida de marzo del 2005  
Adaptado por el Centro Internacional Niños por la Unidad

“Dios mio,  
Dios mio,  
¿ Por qué me has  
abandonado?”

(Mt 27,46)



No hay en nuestra vida  
una realidad más  
misteriosa que el dolor.

Querríamos evitarlo pero,  
tarde o temprano,  
siempre llega.

Desde un banal dolor de  
cabeza, que parece  
contaminar las acciones  
cotidianas más simples, a  
la humillación por un  
examen que no nos ha  
salido bien. Desde el  
accidente de tráfico que  
nos arrebató un amigo o  
un familiar hasta la  
angustia por las guerras,  
el terrorismo, las  
catástrofes ambientales...

Ante el dolor nos sentimos  
impotentes.

Incluso quien está a nuestro lado y  
nos quiere, muchas veces es incapaz  
de ayudarnos a resolverlo. Sin embargo  
a veces nos basta con que alguien lo  
comparta con nosotros, quizás en  
silencio.

Esto es lo que hizo Jesús: vino a estar  
junto a cada hombre, a cada mujer,  
hasta compartir todo lo nuestro. Y cargó  
en sus espaldas nuestro dolor, se hizo  
dolor con nosotros, hasta el punto de  
gritar:

“Dios mio,  
Dios mio,  
¿ Por qué me has  
abandonado?”

Jesús cuando estaba en la cruz, en el  
momento en el que parece experimentar la  
lejanía infinita del Padre, con un esfuerzo  
inmenso e inimaginable cree en su amor y se  
vuelve a confiar totalmente a Él:

**“PADRE, EN TUS MANOS  
ENCOMIENDO MI ESPÍRITU**

Cuando sintamos un dolor fuerte,  
cualquier dolor, también nosotros con  
un gran esfuerzo y creyendo en su  
Amor tratemos de decir:

**“EN ESTE DOLOR TE AMO A TÍ,  
JESÚS ABANDONADO. ERES TÚ  
QUE HACIENDO TUYO MI DOLOR,  
VIENES A VISITARME,  
¡POR ESTO TE ABRAZO!”**

**ESTE AMOR ATRAE  
LOS DONES DEL  
ESPÍRITU: PAZ, LUZ,  
RESPLANDECE EN  
NOSOTROS UNA  
ALEGRÍA ESPECIAL.**



## EXPERIENCIAS DEL MUNDO

Hace algún tiempo, de repente y sin  
ningún motivo concreto, pensé que  
todo sería más fácil si dejaba de vivir el  
Evangelio y así no tenía que hacer  
ningún esfuerzo por ser la “primera” en  
amar, por amar a “todos”.  
Ya no creía, todo parecía inútil, casi  
estúpido: ¡había perdido a Jesús!

Fue terrible, estaba sola y no era feliz.  
Una parte de mí quería a Jesús, la otra  
parte lo rechazaba.  
Recé mucho, aunque me parecía que Él  
no me respondía.

Un domingo por la tarde fui a misa:  
prácticamente no seguí nada, no me  
apetecía. Me sentía muy triste.

Entonces levanté los ojos y vi el crucifijo: aquí  
está Jesús que en la cruz grita porque se siente  
abandonado por el Padre. Ese crucifijo era  
especial, porque yo también me sentía así,  
abandonada. Parecía que estaba allí para mí.

Fue la ocasión para entrar en mi dolor, amaba  
a Jesús porque lo había reconocido escondido  
también en mi tristeza, en mis dudas.

En ese momento sentí una  
enorme alegría en mi interior.  
Realmente pensé que tenía  
mucho suerte, le di gracias a Dios:  
nunca había sentido un amor tan  
grande.

(A. España)

